

Daniel Eduardo Jones (jonesdaniel@speedy.com.ar)

Becario de formación doctoral del CONICET. Grupo de Estudios sobre Sexualidades, Instituto de Investigaciones Gino Germani, Universidad de Buenos Aires.

Propuesta temática: *Políticas del cuerpo*

¿Aprendizaje *profundo* o asco *profundo*?

Adolescentes y consumos de pornografía

En esta ponencia analizamos las opiniones, diálogos y prácticas alrededor del consumo de pornografía de adolescentes residentes en Trelew (provincia del Chubut). Nos basamos en 46 entrevistas semi estructuradas individuales y de un encuentro, a mujeres y varones de 15 a 19 años, de sectores medios, escolarizados y residentes en Trelew, que forman parte del corpus de nuestra investigación doctoral.¹

Por un lado, procuramos responder cuáles son las razones para mirar pornografía y los modos más habituales de hacerlo, analizando las diferencias que manifiestan que existen entre varones y mujeres. Por el otro, proponemos pensar a la pornografía como un elemento relevante en la conformación de los escenarios culturales contemporáneos. El modo en que el relato pornográfico articula información, valores y creencias sexuales y de género en imágenes sobre actividades sexuales nos ayuda entender dos puntos fundamentales que diferencian a estos varones y estas mujeres: el aprendizaje a partir de la pornografía que declaran varios entrevistados y el rechazo directo (el “asco”) hacia lo que muestra la pornografía que señalan algunas entrevistadas.

1. Aprendizaje y diversión en los consumos de pornografía de los varones

Las y los entrevistados consideran al consumo de pornografía como un fenómeno casi exclusivamente masculino. Los varones señalan que ellos y sus compañeros han visto pornografía en muchas más ocasiones que las mujeres y, en consonancia, sus testimonios son más extensos y detallados que los de las entrevistadas.² ¿Cuáles son los modos de consumo de

¹ Esta ponencia es un fragmento de mi tesis doctoral en curso, cuyo título es “Sexualidad y adolescentes. Prácticas y significados relativos a la sexualidad de adolescentes residentes en Trelew (Chubut)” (Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires).

² Por los objetivos de esta ponencia y el tipo de información recolectada, no procuramos responder si los varones efectivamente ven pornografía de modo más frecuente que las mujeres, aunque ésta sea una idea sostenida por

pornografía de estos adolescentes? ¿Por qué o para qué lo hacen? Podemos diferenciar estos consumos según los distintos medios de acceso y las razones por las que toman contacto con pornografía, que varían sensiblemente de acuerdo a la edad de los jóvenes.

Estos adolescentes acceden a pornografía a través de páginas en Internet, revistas y videos (alquilados o prestados) y canales de televisión de cable codificados. Casi todos los entrevistados dicen o dan a entender que cuando han visto pornografía lo han ocultado de sus padres para que éstos no se enteren. La razón de este ocultamiento parece ser la vergüenza e incomodidad que les produciría ser descubiertos por estos adultos viendo materiales que muestran explícitamente actividades sexuales con el principal fin de excitar. Esta vergüenza que puede (y suele) generar el consumo de material pornográfico no se limita a la relación entre hijos y padres, sino que es mencionada por algunos especialistas como un rasgo propio de la pornografía (Moletto, 2002). Según Arcan, existe una “acepción corriente que define a la pornografía como una representación de cosas obscenas, es decir, de cosas que hieren deliberadamente el pudor, el cual es una vergüenza o malestar que una persona experimenta al considerar cuestiones de naturaleza explícitamente sexual” (Arcan, 1993: 26).

Algunos adolescentes mencionan que cuando tenían entre 12 y 13 años de edad ingresaron a páginas en Internet, en las que generalmente se encuentran fotografías y, en menor medida, breves videos pornográficos de baja calidad técnica. Esta modalidad de acceso por lo general se da grupalmente, en casas de amigos o en locutorios, pero no desde la propia casa. Acceder desde allí implica un menor riesgo de ser descubierto por sus padres cuando consumen pornografía, que en el caso de hacerlo desde la casa familiar. En cuanto a otros medios, mientras que estos adolescentes apenas mencionan el contacto con revistas y videos, de modo mucho menos frecuente de lo que esperábamos, la televisión codificada aparece como el principal medio utilizado, a través de la señal de cable *Venus*.³ La distancia entre las expectativas del investigador y lo que declaran hacer varones diez años menores parece indicar que en la última década hubo una modificación de los principales medios de consumo de pornografía por parte de adolescentes. Este cambio en los consumos se puede explicar

gran parte de las y los entrevistados y por investigaciones cuantitativas sobre el tema en otros países (Spira y Bajos, 1993: 132; Michael *et al.*, 1994: 157).

³ *Venus* es una señal de televisión por cable dedicada exclusivamente a contenidos pornográficos, creada en 1994 en Argentina y que se distribuye a toda América latina. En Trelew es transmitida por el único operador de cable local y se accede mediante el pago mensual de un plus por el decodificador, aparte de la cuota regular del servicio de televisión por cable. Esta señal funciona desde la medianoche hasta el fin de la madrugada (a partir de las 00:30hs hasta las 6hs, aproximadamente).

sobre todo a partir de ciertos avances tecnológicos, que suceden desde mediados de la década de 1990 hasta mediados de la de 2000.⁴ Por un lado, surge y se expande rápidamente el uso de Internet por parte de adolescentes, y con ello el acceso a páginas pornográficas (que también proliferan en esos años); por el otro, aparecen y se consolidan en la televisión por cable codificada los canales de contenidos pornográficos (principalmente *Venus*). Ambos fenómenos parecen haber actuado en detrimento de la compra y circulación de las revistas pornográficas y del alquiler de videos, al menos entre estos adolescentes. Como apunta Arcan, en los últimos cien años la pornografía es una de las industrias sobre la que más han impactado los cambios tecnológicos, principalmente en sus distintas modalidades de presentación y de consumo (Arcan, 1993: 37).

Esta modalidad de acceso a la pornografía mediante la televisión codificada es la preferida por los entrevistados y la que nombran más frecuentemente. De sus relatos emergen tres ventajas comparativas de la televisión codificada que pueden explicar su preeminencia. En primer lugar, señalan que prefieren las películas a las fotografías pornográficas, ya que ver estas últimas (sea en revistas o páginas de Internet) suele aburrirlos en un lapso breve. En segundo lugar, utilizar la televisión codificada para mirar una película pornográfica tiene menores costos que alquilarla en un videoclub, en varios sentidos: económico, organizativo y “de vergüenza”.⁵ El alquiler implica que uno o varios adolescentes vayan hasta un videoclub y pidan a quien los atiende (generalmente un adulto) una película que se encuentra prohibida para personas de su edad (las películas pornográficas son legalmente prohibidas para menores de 18 o 21 años). Por lo general, sea cual fuere la respuesta, esta situación de por sí implica cierta vergüenza por parte del adolescente frente a un adulto. Según Moletto la vergüenza para obtener pornografía opera tanto en jóvenes como en adultos, como lo indica el hecho de que “es difícil imaginar algún otro bien o servicio que se ofrezca con tal abundancia y de manera tan abierta (...) y cuyo acto de adquisición sea tan secreto” (Moletto, 2002: 90-91). Para los adolescentes, además, existe la posibilidad de que no se les permita alquilar el video por ser menores de edad. En caso de que sí se les alquile, deben desembolsar una pequeña suma de dinero y organizarse para ver la película (generalmente en grupo) sin ser descubiertos por

⁴ Mientras que el investigador vivió su adolescencia en la primera mitad de la década de 1990, los entrevistados pasaron esta etapa de su vida en la primera mitad de la década de 2000. Otras dimensiones que podrían incidir en la elección de los medios de consumo de pornografía se mantienen constantes: tanto el investigador como los entrevistados han residido en Trelew durante su adolescencia, escolarizados en el nivel medio y pertenecen a estratos socioeconómicos medios.

⁵ Una tercera opción para ver películas pornográficas serían los cines dedicados a proyectarlas, que hay en las grandes ciudades como Buenos Aires, pero que no existen en una ciudad mediana como Trelew.

adultos: mantener oculto el videocasete hasta el momento de devolverlo, pautar un horario para proyectar la película en alguna casa sin que esto despierte sospechas en los dueños de la misma, etcétera.⁶ En cambio, la opción de mirar una película en la televisión por cable sólo demanda conseguir una casa que posea el decodificador y evaluar cómo no ser descubiertos mientras que la ven. Según sus relatos, en Trelew muchas casas tienen el decodificador y en ellas no es tan difícil evitar el contacto con adultos por dos razones: por un lado, estos canales sólo funcionan desde la medianoche hasta la madrugada, cuando los padres habitualmente duermen; por otro lado, en caso de la aparición imprevista de un adulto siempre queda la opción de cambiar de canal rápidamente y simular que se estaba viendo otro programa (algo menos sospechoso que apagar la video-reproductora). Además, la televisión codificada asegura que la película pornográfica estará disponible ya que el canal *Venus* funciona diariamente, mientras que en el videoclub existe la posibilidad de que les nieguen el alquiler. En resumen, si quieren mirar una película pornográfica, por varias razones les conviene hacerlo a través de los canales de cable codificados: implica menores costos económicos (no se desembolsa dinero, al elegir una casa en la que el decodificador ya está instalado), organizativos (según apuntan, se requiere menos esfuerzo para evitar ser descubierto) y de “vergüenza” (por un lado, no es necesario enfrentar a un adulto para obtener un video que, legalmente, les está prohibido alquilar y, por el otro, hay menores posibilidades de ser descubierto viendo la película, al poder disimular más fácilmente). ¿En qué circunstancias se mira una película pornográfica en el canal codificado? Casi siempre es de manera grupal, sólo entre varones o en una reunión mixta, durante una fiesta o cuando se juntan en la casa de algún adolescente antes de salir a bailar. Estas circunstancias en las que miran televisión codificada nos llevan a su tercera ventaja comparativa como medio de acceso a la pornografía: qué grado de interés en la pornografía reflejaría este tipo de consumo. En tercer lugar, mirar pornografía a través de televisión por cable permitiría que, ante sus pares varones y/o mujeres, un adolescente parezca menos interesado en ésta que si alquila una película. Por la razones señaladas, este alquiler implica cierto esfuerzo y, por ende, un supuesto mayor interés en la pornografía. En cambio, ver pornografía mediante la televisión reflejaría un menor interés en ésta ya que, según sus relatos, por lo general sólo se trata de pasar por los distintos canales (haciendo *zapping*) y dejar sintonizado un rato el codificado sin prestar demasiada atención a la película, en el marco de una reunión grupal donde simultáneamente suceden otras actividades (escuchar música, charlar). ¿Por qué sería relevante el grado de

⁶ Estas previsiones serían innecesarias en los casos de adolescentes que viven solos y facilitan su casa para ver la película, pero ninguno de los entrevistados vive solo.

interés en la pornografía que manifiesta cada adolescente? Porque su legitimidad varía con la edad: si desde los 11 hasta los 15 años, aproximadamente, el interés y consumo de pornografía por parte de los varones está socialmente aceptado entre pares, a partir de los 15 años parece importante no demostrar mucho interés al respecto ante otros adolescentes, un punto de inflexión que interpretamos más adelante.

Como adelantamos, la edad es una dimensión central para analizar los diferentes consumos de pornografía. Para estos entrevistados tanto los medios y las razones como el grado de interés y la frecuencia del consumo varían con la edad. A partir de sus testimonios sobre estas diferencias, podemos distinguir dos etapas de consumo, una hasta los 15 años, aproximadamente, y otra a partir de esta edad. En cuanto a la primera etapa, para varios de ellos juntarse especialmente para ver películas pornográficas con el grupo de amigos o compañeros (o, en menor medida, ingresar juntos a páginas en Internet) es una actividad frecuente entre los varones desde los 11 hasta los 15 años. Algunos consideran que el interés por la pornografía a esa edad es parte de la búsqueda y curiosidad propias del comienzo de la adolescencia, de sus ganas de ver otras cosas:

Entrevistador: ¿A qué edad miraban películas?

Informante: Por ahí a los 13 años, que te empezás a dar cuenta de otras cosas, y querés aprender todo de una nomás [rápidamente], o querés ver otras cosas, cosas que no te cuentan.

E: ¿Y alquilaban en esa época, en grupo?

I: No, alquilar no... nunca. Nos daba vergüenza alquilar una película porno. Así que... nos juntábamos así en la casa de un compañero a dormir y nos quedábamos viendo...

E: ¿Y qué, tenían decodificador?

I: Sí, claro... y sino revistas. Ya después de los 14 años ya no te llama la atención. (Enano, 15 años).

Este testimonio ilustra tres cuestiones que forman parte de nuestro argumento: la vergüenza que les daba a él y sus amigos alquilar películas pornográficas; su interés inicial por la pornografía para conocer aquellas “cosas que no te cuentan”; y cómo disminuye este interés a medida que crecen, al punto que después de cierta edad ya no les llamaría la atención. Antes de continuar analizando las dos etapas mencionadas, queremos detenernos en el segundo punto: qué conocen o aprenden a través de la pornografía. Al preguntarles específicamente si creían que habían conocido o aprendido algo a partir de las películas pornográficas, se produjeron opiniones encontradas que podemos sintetizar en dos posturas.⁷

⁷ Una parte importante del debate político sobre la pornografía moderna ha girado en torno a qué se “aprende” de ella, en un sentido amplio del término. Seidman resume las dos principales posiciones en este debate que, a su vez, se reproducen al interior del feminismo: “¿Enseña el porno a los ciudadanos a acercarse a sus cuerpos y a sus sentimientos sexuales de un modo lúdico y sin culpa? (...) ¿O el porno promueve la violencia, especialmente hacia las mujeres?” (Seidman, 2003: 96-97).

Por un lado, algunos consideran que se aprende poco de la pornografía y cuestionan lo que ésta enseña. Critican el carácter “fantasioso” de las situaciones que presentan estas películas, que las aleja de las complicaciones habituales para y por tener relaciones sexuales en la vida real. Según Walter, “vos ves películas porno... ves una mujer y un hombre que se juntan, tienen relaciones así como así... y vos decís: ‘Ah, es facilísimo’. Pero en la vida real no es tan fácil”, una observación con la que coincide el Chueco:

E: ¿Vos crees que conociste o aprendiste algo a partir de esas revistas o de las películas?

I: Algo se aprende, pero me parece... bastante fantasioso, parece que no es tan real en algunas cosas... Y está mal, me parece, para los chicos.

E: ¿Por?

I: Porque muestran una parte que... Hay chicos que capaz que desconocen todo, y se largan ‘de una’, y después empiezan las enfermedades... los embarazos (...) Después empiezan los problemas para los chicos. (Chueco, 17 años).

De este carácter fantasioso, propio del contenido de la pornografía moderna hegemónica (Arcan, 1993: 185; Posner en *Sociedad*: 217),⁸ los entrevistados derivan un encadenamiento de posibles consecuencias negativas. Consideran que estas situaciones “no tan reales” que muestran las películas pornográficas inducirían a los adolescentes más jóvenes a tener relaciones sexuales, al presentarlo como algo “facilísimo”. A su vez, como tal vez no poseen el conocimiento necesario sobre sexualidad⁹ (“capaz que desconocen todo”), estas relaciones pueden tener como consecuencias embarazos y transmisión de enfermedades. Su principal cuestionamiento a las películas pornográficas es que muestran a las relaciones sexuales como “fáciles” (es decir, como si no existiesen obstáculos para tenerlas, ni consecuencias por tenerlas), lo que incitaría a las y los más jóvenes a tener relaciones sexuales (la expresión “se largan de una”, del Chueco, se refiere a que comenzarían a tener actividad sexual inmediatamente, sin pensarlo). El mensaje que subyace a la crítica de estos entrevistados es que la actividad sexual entre jóvenes tiene obstáculos (“en la vida real no es tan fácil”) y

⁸ Para Posner es precisamente este carácter fantasioso lo que espera el público del género pornográfico: “La audiencia está interesada en el estímulo sexual y el placer que se producen en un escenario fantasioso; no en las complicaciones emocionales involucradas en el obtener estos bienes en una relación con otro ser humano o en otros aspectos de la dura realidad. (...) La carencia de realismo psicológico y físico en la pornografía, su carácter de pornotopía –utopía pornográfica- se ha señalado repetidamente” (Posner, en *Sociedad*: 217). Sin embargo, de modo reciente han surgido subgéneros pornográficos alternativos que reivindican su realismo, como el porno *amateur* (videos caseros sin la participación de actores) y el *real porn* (una modalidad de *reality show* que implica sexo explícito entre los participantes) (Figari, 2007: 11).

⁹ El conocimiento al que se refieren aquí los entrevistados parece ser aquél que constituyen los discursos científicos y anatómicos sobre sexualidad difundidos primordialmente en la escuela y en ocasiones por medios de comunicación masiva (Amuchástegui, 1996: 162).

potenciales consecuencias (como “las enfermedades y los embarazos”), por lo que las personas más jóvenes deberían pensarlo bien antes de decidir tener relaciones.

Sin embargo, por otro lado, hay muchos más entrevistados que consideran que sí han conocido o aprendido cosas a partir de las películas pornográficas y valoran dichos aprendizajes. Estos adolescentes utilizan en sus respuestas el término “aprender” de modo intercambiable con “conocer”, tal como fue usado por el entrevistador en esta pregunta: Joaquín destaca que “siempre algo se aprende... es un método... de adquirir conocimientos extra... conocer cosas que desde un libro en la escuela no vas a aprender”. En concordancia, el Enano manifiesta sus ganas de ver y aprender a través de la pornografía “cosas que no te cuentan”, interpretamos, padres y profesores. Dos estudios sobre adolescentes limeños sostienen esta interpretación. Chirinos *et al.* (s/f) apuntan que “los mensajes que dan los padres, profesores y otros adultos, serían eminentemente prescriptivos y prohibitivos, ya que se les estaría limitando [a los adolescentes] conocer y sentir el ‘goce y placer sexual’ (...) Frente al vacío de información sobre ‘goce y placer sexual’, la pornografía aparece como un medio de información alternativo”. Y Cáceres agrega que para éstos la pornografía es una fuente de aprendizaje de técnicas sexuales (Cáceres, 2000: 50). En esta línea se encuentra aquello que nuestros entrevistados dicen haber conocido a partir de la pornografía: el cuerpo de una mujer desnuda (“verla por primera vez”), el sexo oral y el sexo anal (a los que también llaman “las otras formas de tener sexo” o “las varias formas de penetración”), las diferentes posiciones para tener relaciones sexuales y otras cuestiones vinculadas al placer. Sus respuestas como consumidores de pornografía coinciden con los contenidos que ésta ha procurado ofrecer, al menos, desde comienzos de la década de 1970: “todas las posiciones del cuerpo y todas las combinaciones posibles de partenaire, todas las conocidas o imaginables” (Arcan, 1993: 37). Como ilustran Bebo y Andrés:

E: ¿Y vos por ejemplo conociste algunas cosas a partir de las películas?

I: Sí, se puede decir que sí... Poses, por ejemplo, porque comúnmente lo que uno conoce, uno sabe, la mina [mujer] tiene que estar abajo y vos tenés que estar arriba.

E: ¿Y en las películas?

I: La mina puede estar abajo, la mina puede estar arriba, la mina puede estar sentada arriba tuyo. Hay muchas formas. (Andrés, 18 años).

E: Y por ejemplo, ¿vos crees que conociste o aprendiste algo de estás películas? (...)

I: Y sí... la penetración anal. Lo vi por primera vez, me lo habían comentado y no lo creía... Y no lo sabía.

E: ¿Y en la película qué viste?

I: En la película lo vi... Qué cosas se pueden hacer, y qué cosas no se pueden hacer porque aprendés también... todo para el tema del placer. (Bebo, 17 años).

Los conocimientos que señalan adquirir mediante la pornografía pueden incluirse en un saber sexual corporal, práctico y sensual (Amuchástegui, 1998: 127). Como apuntan Chirinos *et al.* (s/f), “para los adolescentes varones acceder a los medios pornográficos -como las revistas y videos-, es como asistir a una clase, ya que les permitirá tener mayor experiencia en ‘cómo hacerlo’.” Otras investigaciones destacan este papel de la pornografía a la hora de presentar ciertas cuestiones sexuales ausentes en otras instancias de aprendizaje. Seidman señala que “el porno puede enseñar habilidades sexuales (*sexual skills*) y ofrecer conocimiento sobre diferentes actos y técnicas sexuales” (Seidman, 2003: 101). Como analizamos en las conclusiones, considerar al consumo de pornografía una instancia de aprendizaje sexual nos lleva a preguntarnos sobre la influencia, los énfasis y los límites de lo que ésta enseña.

Sin embargo, la curiosidad o ganas de conocer “cosas que no te cuentan” no son las únicas razones para ver pornografía: también lo hacen para divertirse. En estas distintas razones la edad nuevamente juega un papel importante. Desde los 11 o 12 años los varones miran fotos o películas para conocer cuerpos desnudos o ver personas teniendo relaciones sexuales, pero a medida que crecen se van desinteresando por la pornografía. Para los entrevistados alrededor de los 15 años se produce una inflexión en su interés y comienza una segunda etapa en cuanto al consumo de pornografía, un cambio que ilustra Chafa:

E: Y el tema de ver revistas eróticas o ver películas porno, ¿es común entre los chicos?

I: Sí, es común pero... Eso de ver películas era más a los 13, 14... O sea, como le daba más intriga a uno. (...) Después ya como que... ahora a esta edad... No es que nos juntamos a ver una película porno, pero por ahí... en esas fiestas, como te decía, pasan por el canal y dejan un rato. (...) Por lo general se pone *Venus* (riéndose). (Chafa, 15 años).

En esta segunda etapa, los varones ya no se juntan especialmente para ver películas pornográficas (como lo hacían antes), sino que sólo ocasionalmente dejan alguna que estén transmitiendo en el canal codificado. La razón para ver estas películas sería la diversión, como relata Willy de 17 años: “Ahora alguna que otra vez miramos *Venus*, pero... jodiendo, en la casa de un amigo, nos cagamos de risa un rato con lo que hacen”. En resumen, en relación a la primera etapa se producen cambios en cuanto al grado y tipo de interés que manifiestan públicamente por la pornografía y su frecuencia de consumo: hay menos interés, miran una película esporádicamente y sólo lo hacen para divertirse.

¿Cómo explicar estos cambios que, según los entrevistados, suceden aproximadamente a partir de los 15 años? Interpretamos que señalan esta edad como un punto de inflexión en su relación con la pornografía porque es la edad socialmente esperada para la iniciación sexual masculina, sobre todo por parte del grupo de pares. Aunque en sus testimonios no vinculan de manera explícita ambos fenómenos (como sí lo hacen las mujeres entrevistadas),¹⁰ nuestra hipótesis es que la expectativa social de iniciación sexual de los varones a partir de los 15 años permite entender estos cambios que manifiestan en cuanto al interés y consumo de pornografía. Ante la mirada de los pares ver una película pornográfica pasaría a ser una actividad sexual subestimada, en la medida en que ya existe la posibilidad (socialmente deseable) de tener relaciones sexuales. Esta subestimación se refleja en que, a partir de los 15 años, la pornografía es vista exclusivamente como una forma de diversión ocasional, que no despierta mayor interés y frente a la cual la reacción más frecuente es la risa compartida con los pares. Esta descripción que hacen de dicha actividad puede relacionarse con una ausencia significativa en sus testimonios: ningún entrevistado se refiere a la excitación o placer que le produjo (o le produce) ver pornografía. Tanto lo que mencionan como lo que omiten sobre su relación con la pornografía, dejaría en claro que ya no “necesitan” ni les atrae mirar películas porno (por ejemplo, para satisfacer su curiosidad erótica), cuando tienen la edad esperada para tener relaciones sexuales. En esta segunda etapa, la pregunta subyacente sería ¿para qué ver personas teniendo relaciones sexuales en una película pornográfica, si a esta edad ya se puede tenerlas? Fuller encuentra un razonamiento semejante entre varones peruanos, para quienes mirar pornografía sólo se da como parte de un período autoerótico que necesariamente concluye con la primera relación sexual (Fuller, 2001: 93-94). Nuestra interpretación enfatiza la organización y regulación social del hecho de mirar pornografía a partir de las redes de pares y la legitimidad que brindan (o no) a determinadas actividades según la edad de los implicados, más allá de que las experiencias y preferencias de cada uno pueden diferir (en este caso, que se haya iniciado sexualmente o no, que le interese más o menos la pornografía, etcétera).

2. Desinterés, rechazo y silencios de las mujeres ante la pornografía

Los testimonios de las entrevistadas sobre la pornografía son más breves y presentan tres puntos de modo recurrente: por lo general no les llama la atención la pornografía; a algunas

¹⁰ Chuby y Belén consideran que miran pornografía quienes no tienen relaciones sexuales, ya sea porque aún no se iniciaron o por falta de parejas sexuales.

les causa “asco” lo que ésta muestra; y la risa es la reacción habitual de las mujeres cuando toman contacto con materiales pornográficos (en grupos de chicas o mixtos). Sus afirmaciones parecen parte de un esfuerzo casi unánime de estas mujeres por diferenciarse del interés por la pornografía que consideran que tienen los varones. Sin embargo, al analizar los testimonios detenidamente podemos reconocer dos tipos de opiniones frente a las supuestas diferencias entre varones y mujeres. Una primera posición, mayoritaria entre las entrevistadas, afirma que hay un desinterés y, en algunos casos, un rechazo de las mujeres hacia la pornografía, que se traduce en un consumo muy eventual, frente a un mayor interés y consumo por parte de los varones:

Yo he visto películas [porno], tengo amigas que también han visto, pero creo que los hombres como que... esperan a la noche y prenden el televisor para mirar eso... Es un tema... como que les atrae, les interesa mirar eso... En cambio a las mujeres... a mí, en mi caso, no me interesa mucho mirar. (Florencia, 18 años).

Una segunda posición, minoritaria, sostiene que las diferencias entre varones y mujeres en relación a la pornografía descansan en que existe un ocultamiento personal por parte de las mujeres y un silencio social sobre su interés y su consumo de pornografía. A continuación reconstruimos e interpretamos los argumentos de las adolescentes que sostienen las dos posiciones para intentar responder por qué las mujeres verían muy eventualmente pornografía (ya sea por desinterés o rechazo) o por qué dirían que no lo hacen.

Entre las que sostienen la primera postura, los relatos de cuando han visto una revista, una página en Internet o una película pornográfica por televisión codificada coinciden en varios puntos con las descripciones de los varones sobre su consumo de pornografía a partir de los 15 años. Estas adolescentes también enfatizan que lo han hecho en grupo, sólo para divertirse y que la risa fue la reacción predominante. Al igual que los entrevistados, ninguna menciona que le haya resultado excitante o placentero. Por el contrario, algunas dicen que lo que han visto les dio "asco". Esta expresión implica un rechazo directo hacia la pornografía que las diferencia de los varones, ya que ninguno de ellos señala que le haya dado “asco”, ni menciona otra forma de abierto rechazo. El testimonio de Meibel ilustra cómo, a pesar de haber ingresado a páginas web pornográficas, se esfuerza por dejar en claro tanto su desinterés por mirar pornografía como su rechazo a los contenidos que ésta muestra:

Entrevistadora: ¿Y qué opinás de que varones y chicas miren revistas eróticas, películas porno...?

Informante: Por empezar, yo personalmente no miro nada porno. No, no me llama la atención... no, por ahí me causa asco... Por ahí, cuando nos juntamos el grupo de chicas, sí... Era entrar a Internet, que

una estaba más conectada a Internet y que es la que más... se hace la gata o es la más gata entre todas... y bueno, era meterte y ver páginas y ver cosas terribles... De última era para joder más que nada... (Meibel, 17 años).

Meibel comienza por destacar que “personalmente” ella no mira pornografía, lo que significaría que cuando lo hace no es por iniciativa propia, ni de manera solitaria. ¿Cómo explica entonces haber visto pornografía? Como otras y otros, señala haberlo hecho de modo grupal y principalmente para divertirse. En su caso, no parece menor que mencione haber ingresado a la página de Internet junto a una compañera que es la más “gata” entre todas sus pares. En este contexto, la palabra “gata” remite de modo eufemístico y atenuado a significados morales negativos semejantes a los del término “puta”: una chica con reputación de estar particularmente interesada en cuestiones sexuales. Con esta aclaración, Meibel sugiere que vio pornografía a instancias de una amiga con reputación moral negativa, dando a entender que fue por iniciativa de ésta (“nos juntamos con una que estaba más conectada a Internet y que es la más gata entre todas”). En su testimonio no sólo manifiesta desinterés por la pornografía (que podría ser mera indiferencia), sino también cierto rechazo directo a lo que ésta muestra: en algunas oportunidades le causa “asco”. Otras dos entrevistadas utilizan la misma expresión: Ony, quien destaca que siente asco por la pornografía por su carácter grosero y vulgar (“a mí me da asco, más que nada *Venus*, porque son re-ordinarios, no me gusta, no me gusta”) y Luz, que ofrece otras pistas para interpretar este rechazo femenino:

Una vez nos prestaron un video. (...) Era una película, pero... ya te daba asco, porque no era amor... no era... ¿Cómo te explico? Era un asco, se veía todo... O sea, por lo general si vemos algo sería una película donde... está el sexo, pero tampoco se ve tanto. (Luz, 17 años).

¿Por qué a estas adolescentes no les interesaría la pornografía e, inclusive, algunas la rechazarían abiertamente? Una primera respuesta sería que la mayoría de la pornografía comercial es producida por varones y orientada hacia un público de varones heterosexuales y, por lo tanto, sus contenidos responden a cierta estética y eroticidad de lo masculino (Arcan, 1993; Figari, 2007).¹¹ Pero esta afirmación no responde demasiado en la medida en que no identifiquemos qué es lo que rechazan estas adolescentes de dicha pornografía. Interpretamos que su rechazo se orienta principalmente hacia dos rasgos del modo en que esta pornografía muestra las actividades sexuales.

¹¹ Nos referimos a la corriente hegemónica de la pornografía comercial de tipo industrial. Como apunta Figari (2007: 12-13), en las últimas décadas de manera acelerada han proliferado subgéneros pornográficos de diferentes orígenes y para diversos públicos (porno gay, lésbico, sadomasoquista, entre otros).

Por una parte, el carácter excesivamente explícito de las imágenes que presenta de ciertas actividades sexuales: según Luz, la película que miró “era un asco, se veía todo”. Por carácter explícito nos referimos a cierto patrón propio del estilo pornográfico hegemónico: existe una centralización de la escena en la relación sexual; no hay una narrativa en la que se insertan esas prácticas sexuales; la cámara juega todo el tiempo entre la escena general y primeros planos de genitales y rostros; hay una temporalidad sin cortes, ya que se filma un contacto sexual el tiempo que dure, desde los juegos previos hasta el orgasmo sin pausa y generalmente en períodos extensos. Sobre este carácter explícito, Arcan agrega que “la pornografía intenta (...) explicar bien que en ella no hay ningún otro valor, ningún agregado superfluo que podría distraer y alejar del sexo más explícito y más exclusivo que sea posible” (Arcan, 1993: 36). Y lo de *excesivamente* explícito también caracteriza a la pornografía ya que, como enfatiza Sontag (2005: 98-102), en sus distintas manifestaciones escritas o visuales, en diferentes momentos históricos, la pornografía siempre ha procurado explorar situaciones extremas en relación al sexo. Por eso, “la pornografía moderna busca superarse constantemente y mantenerse excesiva” (Arcan, 1993: 180). De hecho, Luz destaca este exceso al comparar la película pornográfica que vio con otras donde se muestra actividad sexual: “si vemos algo sería una película donde... está el sexo, pero tampoco se ve tanto”. A su vez, esta pornografía no muestra cualquier práctica sexual, sino que se concentra recurrentemente en determinadas actividades que suelen reflejar una degradación o sumisión de las mujeres (Seidman, 2003: 102): posiciones para tener relaciones sexuales que enfatizan la pasividad de la mujer, penetraciones múltiples simultáneas a una misma mujer, y lo que constituye casi un canon para el cierre de una escena: eyaculaciones masculinas en la cara o en la boca de la mujer (Figari, 2007: 11).¹² En resumen, interpretamos que es sobre todo este tipo de actividades sexuales presentadas de ese modo excesivamente explícito lo que causa “asco” a estas mujeres. Al revisar los argumentos del feminismo antipornografía, Hollibaugh ofrece indicios para entender por qué estas adolescentes consideran “terrible” y “ordinario” lo que muestra esta pornografía, que “se vea tanto”. Según esta autora, este tipo de reacción de las mujeres “va mucho más allá del disgusto ante la misoginia de la pornografía; nos conmueve también la idea misma de imágenes sexuales explícitas. En el fondo, nuestro horror a la pornografía es a menudo horror al sexo mismo y refleja una lección enseñada a las mujeres desde su más temprana infancia: el sexo es algo sucio” (Hollibaugh, 1989: 193).

¹² En esta enumeración de situaciones de potencial degradación y/o sumisión de la mujer sólo nos concentramos en la corriente hegemónica de la pornografía industrial. Otros subgéneros pornográficos, desde el sadomasoquismo hasta el *snuff*, por definición incluyen mayores dosis de violencia, en la mayoría de los casos hacia mujeres.

Por otra parte, su rechazo también parece provenir del hecho de que la pornografía presenta a las actividades sexuales despojadas de cualquier sentimiento y, particularmente, del amor. Esta separación es mencionada por varias especialistas como una característica definitoria de la pornografía moderna (Osborne, 1993: 30; Arcan, 1993: 30; Sontag, 2005: 91). Para Arcan, “es la imagen del sexo desprovisto de amor la que será a menudo declarada pornográfica. La definición es de una perfecta simplicidad: la representación del sexo en sí mismo sin maquillaje y sin otra referencia, sin pretexto o excusa, en resumidas cuentas, el sexo sin otra razón” (Arcan, 1993: 30-31). La observación de Luz de que aquello que vio en la película “le daba asco, porque no era amor” sustenta la idea de que uno de los rasgos de la pornografía que resultaría más chocante para estas mujeres es la separación de la actividad sexual de cualquier correlato afectivo.¹³ La pornografía retira a las relaciones sexuales de un marco afectivo y, por ende, de donde se encuentran socialmente aprobadas para estas adolescentes. Como sostiene Figari, la pornografía se define por “la ausencia de un ‘otro íntimo’ frente nuestro, (...) lo íntimo supone algún grado asociado de compromiso, afecto, cooperación o comunicación más intensa” (Figari, 2007: 5). En las conclusiones avanzamos en esta línea al proponer que este rechazo de las entrevistadas hacia la pornografía se debe, en gran medida, a que el modo en que ésta presenta a la actividad sexual implica una degradación o parodia respecto del modelo de amor romántico, del que muchas entrevistadas continúan imbuidas, como analizamos en otros pasajes de la tesis.

Pero dijimos que hay una segunda posición entre estas adolescentes, que considera que las diferencias entre varones y mujeres descansan en el ocultamiento personal por parte de las mujeres y el silencio social sobre su interés y consumo de pornografía:

También las mujeres lo hacen, mirar por ahí... fotos de hombres desnudos o cosas así, pero es como que... es más común esas cosas que se vea en los hombres, que se hable más que nada en los hombres... y en las mujeres no tanto. (...) Siempre es como un tabú... Este tema no se toca, digamos... Está como impuesto así. (Luna, 17).

Luna explica que es más habitual que se hable de y entre los varones sobre mirar pornografía, ya que entre las mujeres dicho asunto (por ejemplo, ver fotografías de hombres desnudos) no se trataría porque es un “tabú”, según su definición, algo de lo que no se habla porque está

¹³ Existen incipientes iniciativas de pornografía hecha por y para mujeres, heterosexuales o lesbianas. Por ejemplo, en Dinamarca la directora Lisbeth Lynghoft es autora de un manifiesto con las características que debería tener un género *HeartCore* orientado hacia mujeres (Figari, 2007: 9). Los sentimientos tendrían lugar en este nuevo subgénero, como lo anticipa su nombre (*heart* significa corazón en inglés).

socialmente “impuesto así”. En la misma línea, algunas entrevistadas agregan que, a diferencia de los varones, si una chica mira una película o página pornográfica no lo va a reconocer ante sus pares: “hay chicas que también miran cosas porno. Es como que dicen: ‘Ah, no... yo no miro esto’, y capaz que después están colgadas [mirando] toda la noche. (...) Ellas te esconden todo... Los chicos no, como que son más abiertos en ese sentido”, dice Eliana.¹⁴ ¿Por qué el interés y consumo de pornografía por parte de las mujeres serían ocultados personalmente y rodeados por un silencio social? Porque es una actividad que entra en tensión con algunos valores y creencias sobre la sexualidad femenina hegemónicas en Occidente. Según Rubin, las culturas occidentales conciben por lo general a la actividad sexual como algo peligroso o como una fuerza negativa, por lo que prácticamente toda conducta erótica se considera mala a menos que exista una razón específica que la salve (Rubin, 1989: 134). En concordancia con el modelo del amor romántico, el amor en tanto sentimiento sublime es una de las excusas más aceptables socialmente para que las mujeres justifiquen el ejercicio de su capacidad o curiosidad erótica (Rubin, 1989: 135). El consumo de pornografía es una actividad que difícilmente pueda ser vinculada con el amor, en la medida en que ésta se define precisamente por presentar a las prácticas sexuales despojada de cualquier sentimiento y con el único fin de producir excitación sexual en quien la mira. En este sentido, si existe la expectativa hacia y entre las mujeres de que la actividad sexual debe ser un medio de comunicación de sentimientos y fortalecimiento de vínculos afectivos con un compañero (Heilborn, Cabral y Bozon, 2006: 248), cualquier actividad autoerótica (como ver pornografía) se aparta de esta expectativa por encontrarse dirigida predominantemente a la obtención del propio placer. Estos valores y creencias permiten comprender por qué estas adolescentes sólo podrían mirar pornografía grupalmente y como un modo de diversión, ya que de otro modo sería percibida como una actividad motivada por la curiosidad erótica o la búsqueda de placer, algo socialmente inaceptable entre y para estas chicas.

Además de estas dos posturas sobre el consumo de pornografía, las entrevistadas introducen una última cuestión que vale la pena destacar: consideran que esta actividad la llevan adelante quienes no tienen relaciones sexuales. Con diferentes matices, es lo que expresan Chuby y Belén:

E: ¿Y qué opinás de que los varones miren revistas y películas porno?

¹⁴ En consonancia con este silencio que ambas entrevistadas señalan, ninguna de ellas menciona interesarse o haber visto pornografía: Luna habla de “las mujeres” que ocasionalmente ven fotos y Eliana a “chicas que miran porno... ellas te esconden todo”.

I: Para mí están... los chiquitos esos que es la primera vez que ven un cuerpo... y ya quieren mirar esas películas... pero a esta edad no sé. Mis amigos ninguno... Ya no les interesa, casi no miran eso... Van directamente al grano (riéndose). (Chuby, 16 años).

E: ¿Y qué opinás de los varones y las chicas que miran revistas eróticas o películas porno?

I: Ésos necesitan a alguien, una pareja. En vez de buscar una chica o un chico, necesitan mirar eso. (Belén, 19 años).

En el primer testimonio se sostiene que sólo les interesa mirar una película pornográfica a los varones más jóvenes (los “chiquitos”), que recién están conociendo los cuerpos desnudos, mientras que a los adolescentes de la edad de Chuby (16 años) ya no les interesaría porque tienen relaciones sexuales. A esto último alude la frase “van directamente al grano”, una expresión que aquí refleja una jerarquía entre actividades sexuales: sus compañeros no se detienen en cuestiones propias de alguien más chico (como mirar películas pornográficas), sino que se concentran en la principal actividad o meta a alcanzar, en este caso, las relaciones sexuales. El segundo testimonio define al consumo de pornografía como una actividad que se lleva adelante (“necesitan eso”) ante la ausencia de parejas para tener relaciones sexuales. El razonamiento que subyace a ambos relatos reza que a aquellos o aquellas que no mantienen relaciones sexuales (porque aún no se iniciaron o por falta de parejas), les interesaría o necesitarían ver pornografía.

3. Recapitulación y conclusiones

En esta ponencia apuntamos que la posición predominante entre las mujeres ante la pornografía es que no les interesa, la rechazan y que sólo la miran muy eventualmente, mientras que para los varones ver pornografía es una práctica habitual, ya sea por curiosidad (y aprender) o para divertirse. Para profundizar nuestra interpretación de estas diferencias entre mujeres y varones, proponemos pensar a la pornografía como un elemento importante en la conformación de los escenarios culturales contemporáneos sobre sexualidad, que integra en su relato información, valores y creencias sexuales y de género.

Sin embargo, la pornografía no es el único relato con contenidos sexuales, ni presenta valores radicalmente diferentes de otras narraciones culturales sobre el tema. En cuanto a la primera observación, en la actualidad “la gran novedad es el fin de la clandestinidad del erotismo: representaciones explícitas de la sexualidad están hoy presentes, como tema principal o motivo secundario, tanto en las obras culturales más legítimas como en los productos culturales masivos no clasificados como pornográficos” (Bozon, 2004: 115). En cuanto a la

segunda observación, la mayoría de la pornografía moderna sólo retoma viejas creencias en torno al género y la sexualidad: “que las mujeres son diferentes de los hombres, que ellas tienen un cierto secreto de la vida, (...) que el sexo es apasionante, que las mujeres son seductoras, que la juventud es bella” (Arcan, 1993: 201), entre otras. La particularidad del relato pornográfico hegemónico es que presenta imágenes excesivamente explícitas de ciertas actividades sexuales, con dos rasgos sólo en apariencia contradictorios: su fuerte arraigo en un escenario cultural más amplio, del que retoma valores sexuales y de género extendidos, y su carácter fantasioso, al apartar a la actividad sexual del resto de la experiencia humana (sobre todo de los sentimientos). Este modo en que el relato pornográfico articula información, valores y creencias en imágenes sobre actividades sexuales nos ayuda, simultáneamente, a problematizar y a entender dos puntos fundamentales que diferencian a estos varones y estas mujeres: el aprendizaje a partir de la pornografía que declaran varios entrevistados (y ninguna entrevistada) y el rechazo directo hacia lo que muestra la pornografía que señalan algunas entrevistadas (y ningún entrevistado).

¿Qué conocen o aprenden a través de la pornografía estos adolescentes? En las fotos o películas pornográficas es donde por primera vez ven a una mujer desnuda, conocen diferentes modos de penetración y posiciones para tener relaciones sexuales, y aprenden otras cuestiones relativas al placer sexual. El primer punto a destacar, como lo hacen los propios entrevistados, es que estas cuestiones están ausentes en otras instancias de aprendizaje sobre sexualidad. Como observamos en otros pasajes de la tesis, el tema del placer sexual (aquél que *a priori* podría considerarse menos problemático para hablar de todos los enumerados), prácticamente no es tratado en los diálogos con adultos y, entre estos varones, tampoco con sus pares. En este sentido, la pornografía sin dudas cumple un papel relevante y valorado por estos adolescentes en sus aprendizajes relativos a la sexualidad. Si se conocen cuerpos desnudos y se aprenden prácticas sexuales a través de materiales pornográficos, como apunta Figari, “es insoslayable considerar el tema de la pornografía como contenido educativo, ya que no hay prácticamente adolescente, sobre todo varones, que de una manera u otra no la consume y por ende construya su sexualidad, en gran parte, a partir de lo que allí aprende” (Figari, 2007: 15).

El segundo punto a señalar es que gran parte de lo que recuerdan haber conocido son modos de penetración y posiciones para tener relaciones sexuales. Éste es un buen ejemplo de que mirar pornografía constituye una instancia de aprendizaje para nuestros entrevistados: aquello

que mencionan haber aprendido a través de estas películas coincide con las preferencias de varios de ellos alrededor de las relaciones sexuales. En ambos casos se trata de prácticas genitales coitales, bajo la forma de diferentes posiciones para tener relaciones sexuales y de distintos modos de penetración, como el sexo oral y anal. Aunque esta concentración en dichas prácticas como lo que más les gusta de tener relaciones sexuales no se puede atribuir exclusivamente a la pornografía, su influencia no parece menor a la hora de modelar preferencias y placeres. Como dice Bebo, “en estas películas... aprendés todo para el tema del placer”. En esta línea Fuller interpreta que, al ser “uno de los principales vehículos de circulación de imágenes sobre la sexualidad, [las revistas y filmes pornográficos] forjan la sensibilidad erótica de los púberes y les permiten definir cuáles son los objetos de deseo adecuados, qué prácticas corresponden, (...) qué sentir ante estos estímulos, etcétera” (Fuller, 2001: 98). Los énfasis coincidentes entre lo que señalan haber aprendido de la pornografía estos adolescentes y sus preferencias alrededor de las relaciones sexuales dan cuerpo a nuestra propuesta de pensar a la pornografía como un componente importante de los escenarios culturales sobre sexualidad. El relato pornográfico brinda orientaciones acerca de cómo actuar sexualmente, que son interpretadas y adaptadas por cada actor a nivel intrapsíquico (por ejemplo, al establecer sus gustos en relación a la actividad sexual) y en la coordinación interpersonal entre actores (por ejemplo, a la hora de llevar adelante determinadas prácticas sexuales en la interacción con sus parejas). Y aquí se vuelven evidentes los límites de una “enseñanza” que se concentra en modos y posiciones de penetración. Con esta observación no estamos sugiriendo que la pornografía debería incluir otro tipo de contenidos; a diferencia de los programas escolares educativos, su fin no es enseñar sobre sexualidad sino excitar sexualmente. Sólo intentamos apuntar que si bien la pornografía enseña sobre técnicas sexuales, los límites de lo que se aprende a través de esta pornografía parecen bastante predecibles.

Con todo, creemos que estos adolescentes aprenden algo más que lo que mencionan, y éste es el tercer punto a destacar. Al menos en su vertiente comercial industrial, la pornografía presenta de tal manera determinadas actividades sexuales que pone en juego cierta degradación y/o sumisión de las mujeres. Aunque a estos valores sexuales y de género no los “inventa” la pornografía, sí los retoma de los escenarios culturales y los refuerza,¹⁵ lo que no

¹⁵ Como señalan las feministas anti-censura, parece incorrecto pensar que el sexismo surge principalmente de la pornografía cuando, en realidad, ésta refleja los valores sexistas hegemónicos en nuestras sociedades occidentales. En el marco del debate en torno a la pornografía en los Estados Unidos a comienzos de la década

puede dejar de incidir en el proceso de aprendizaje de la sexualidad (y de socialización de género más amplia) de estos adolescentes.

Ahora bien, ¿qué es lo que rechazan de la pornografía las entrevistadas? Por un lado, el carácter excesivamente explícito de las imágenes que presenta de ciertas actividades sexuales y, por el otro, el hecho de que la pornografía muestre a estas actividades despojadas de cualquier sentimiento y, particularmente, del amor. Si retomamos ambos elementos, podemos interpretar que este rechazo femenino se basaría en que la pornografía presenta a la actividad sexual de tal modo que implica una degradación y parodia respecto del modelo de amor romántico. En los escenarios culturales contemporáneos sobre sexualidad, la pornografía “competiría” con este modelo romántico, en la medida en que se trata de dos narraciones que integran valores, creencias e imágenes sexuales y de género, que en muchas oportunidades se contraponen.¹⁶ Por un lado, la pornografía ofrece “una trama narrativa directa, sin mediaciones, donde las formas de posesión de las mujeres, en casi todos los casos [implican] sumisión y cierto grado de violencia. (...) La absoluta falta de compañerismo, complicidad o mínimo afecto en la pareja” (Figari, 2007: 11), a través de imágenes excesivamente explícitas de actividades sexuales (Sontag, 2005). Por el otro, el modelo de amor romántico coloca el “énfasis en el afecto y la comunicación dentro de la pareja, atendiendo al (...) ‘amor’ que prevalece por sobre la atracción sexual” (Margulis, 2003: 34), mediante una serie de imágenes y creencias incompatibles con la lujuria (Giddens, 1995).

Esta suerte de competencia entre ambos relatos es desigual ante nuestras entrevistadas. El hecho de que en muchos aspectos continúan imbuidas de los valores del amor romántico, ayuda entender su rechazo a la pornografía. La fuerte influencia de este modelo se refleja, por ejemplo, en las preferencias de estas adolescentes: todas señalan como lo que más les gusta de tener relaciones sexuales una serie de prácticas y características de sus parejas y de la interacción con ellas vinculadas a una dimensión afectiva y sentimental. Estas mujeres valoran sobre todo el cariño y el amor por y del compañero sexual (caracterizado como “tierno”, “dulce” y/o “cariñoso”), así como la expresión mutua de estos sentimientos mediante

de 1980, Rubin apunta que “la propaganda antiporno a menudo lleva implícito el mensaje de que el sexismo se origina dentro de la industria del sexo comercial y que de allí se propaga al resto de la sociedad. Sociológicamente hablando, esto no tiene ningún sentido. La industria del sexo (...) simplemente refleja el sexismo imperante en la sociedad en su conjunto” (Rubin, 1989: 173).

¹⁶ Vale aclarar que no siempre se contraponen los valores que ofrecen estos dos relatos. Por ejemplo, el modelo de amor romántico, feminizado en sus orígenes y durante largo tiempo, también ha puesto en juego cierta sumisión de las mujeres. Excede a nuestros objetivos hacer una comparación sistemática entre ambas narraciones (amor romántico y pornografía), buscando coincidencias y oposiciones.

caricias, besos y abrazos, prácticas que diferencian de las relaciones coitales propiamente dichas (algo que no les gusta tanto de sus encuentros sexuales). En otros pasajes de la tesis cómo ciertas creencias propias del amor romántico eran transmitidas en los diálogos de estas jóvenes con adultos (padres, madres, profesoras), a través de sus consejos y prescripciones sobre su actividad sexual. El relato pornográfico contradice y desafía con sus imágenes una parte importante de lo aprendido en estas instancias. Algunas ensayistas feministas sostienen una interpretación semejante, al considerar que la pornografía constituye una crítica radical al amor romántico: “Una de las virtudes de la pornografía es que es antiromántica, pues cuanto más sometidas hayan estado las mujeres a la ideología del amor romántico, más podrán ganar al apoyar una antiestética que lo desafíe” (Kauffman en *Sociedad*: 227). Más allá de esta supuesta capacidad crítica de la pornografía hacia el amor romántico, no habría que ser ingenuo sobre lo que pueden esperar las mujeres de la pornografía comercial hegemónica. Sus contenidos continúan siendo pensados mayoritariamente por y para varones, siguiendo una estética y eroticidad de lo masculino, y casi siempre reproducen valores sexuales y de género tradicionales a través de imágenes donde la mujer es sometida y/o degradada. En la medida en que continúe presentando este tipo de contenidos, la pornografía difícilmente generará otra reacción que rechazo o desinterés en gran parte de las mujeres.

Referencias bibliográficas

- Amuchástegui, Ana (1998). Saber o no saber sobre sexo: los dilemas de la actividad sexual femenina para jóvenes mexicanos. En Ivonne Szasz y Susana Lerner (comps.), *Sexualidades en México: algunas aproximaciones desde la perspectiva de las ciencias sociales* (pp. 107-135). México: El Colegio de México.
- Arcan, Bernard (1993). *El jaguar y el oso hormiguero: Antropología de la pornografía*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- Bozon, Michel (2004). *Sociologia da sexualidade*. Río de Janeiro: FGV.
- Cáceres, Carlos (2000). *La (Re)configuración del universo sexual. Cultura(s) sexual(es) y salud sexual entre los jóvenes de Lima a vuelta del milenio*. Perú: UPCH y REDESS Jóvenes.
- Chirinos, Jesús, Víctor Salazar, Olga Bardales y Claire Brindis(s/f). Información en sexualidad en los/las escolares adolescentes de cuatro colegios de Lima Norte, Perú. Disponible en: <http://www.cemera.uchile.cl/sogia/docs/2001/VIII1informacion.doc>. Acceso 12/04/2006.
- Figari, Carlos (2007). *Pornografía*. Fascículo 28 de colección de Educación sexual. Buenos Aires: Página 12.

- Fuller, Norma (2001). *Masculinidades, cambios y permanencias. Varones de Cuzco, Iquitos y Lima*. Lima: Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica.
- Giddens, Anthony (1995). *La transformación de la intimidad: Sexualidad, amor y erotismo en las sociedades modernas*. Madrid: Cátedra.
- Heilborn, M. L., Cristiane S. Cabral y Michel Bozon (2006). Valores sobre Sexualidade e Elenco de Práticas: Tensões entre Modernização Diferencial e Lógicas Tradicionais. En M. L. Heilborn, E. Aquino, M. Bozon y D. R. Knauth (orgs.), *O aprendizado da sexualidade. Reprodução e trajetórias sociais de jovens brasileiros* (pp. 207-266). Rio de Janeiro: Fiocruz y Garamond.
- Hollibaugh, Amber (1989). El deseo del futuro: la esperanza radical en la pasión y el placer. En Carole Vance (comp.), *Placer y peligro. Explorando la sexualidad femenina* (pp. 191-204). Madrid: Hablan las mujeres.
- Kauffman, Linda. Selección de citas en “La pornografía. Un debate incómodo”. *Sociedad*, N° 24, Buenos Aires: Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires y Manantial, P. 205-246, invierno de 2005.
- Margulis, Mario (2003). Mandatos culturales sobre la sexualidad y el amor. En M. Margulis y otros, *Juventud, cultura, sexualidad. La dimensión cultural en la afectividad y la sexualidad de los jóvenes de Buenos Aires* (pp. 25-43). Buenos Aires, Biblos.
- Moletto, Enrique (2002). “Prótesis para fracturas. Tres estampas del tabú de la pornografía en Chile”. En Franciso Vidal y Carla Donoso (eds.), *Cuerpo y sexualidad* (pp. 89-96). Santiago, Chile: FLACSO-Chile.
- Osborne, Raquel (1993). *La construcción sexual de la realidad: Un debate en la sociología contemporánea de la mujer*. Madrid: Cátedra.
- Posner, Richard. Selección de citas en “La pornografía. Un debate incómodo”. *Sociedad*, N° 24, Buenos Aires: Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires y Manantial, P. 205-246, invierno de 2005.
- Rubin, Gayle (1989). Reflexionando sobre el sexo: notas para una teoría radical de la sexualidad. En Carole Vance (compiladora), *Placer y peligro. Explorando la sexualidad femenina* (pp. 113-190). Op. cit.
- Seidman, Steven (2003). *The Social Construction of Sexuality*. New York: W. W. Norton and Company.
- Sontag, Susan [1967] (2005). “La imaginación pornográfica”. En *Estilos radicales* (pp. 61-119). Buenos Aires: Suma de Letras.